

# En el corazón de Zaragoza



JOSÉ LUIS TRASOBARES

FOTOS: MIGUEL TRASOBARES Y SANTIAGO CABELLO

Ved Zaragoza, mi ciudad. Ahí está, encajada entre ríos, abierta al páramo. La he amado sin reservas, con todos mis sentidos y a todas las horas del último medio siglo; la he escrito en los diarios, defendiéndola con pasión de hijo. Y ella me ha correspondido sin alharacas descubriendo sus secretos, abriendo para mí el cofre de sus tesoros, ofreciéndome un lugar para vivir, revelándose como un libro abierto en el que hace mucho tiempo aprendí que, al igual que los griegos antiguos, yo soy más ciudadano que patriota.



Quienes vienen a Zaragoza para escribir sobre ella viéndola desde fuera suelen contar luego que la ciudad, tan preocupada por el tema del agua, sin embargo da la espalda a sus ríos, reflexión que se ha hecho común en los reportajes de magazines y Prensa nacional. Luego hablan de los proyectos de modernización que haya en ese momento, con la amable displicencia de quienes ven en la capital de Aragón un enorme pueblo de la Ribera, pendiente todavía de entrar en el club de las grandes urbes del sur de Europa. Sin embargo creo que el rasgo esencial de Zaragoza es el talante extraordinariamente amistoso y hospitalario de sus habitantes. Aquí traes a cualquiera de cualquier sitio, lo presentas en sociedad y a los cinco minutos ya está como en su propia casa. Las señoras son guapas, los señores una miaja maromos pero simpáticos. El personal viste bien y tiene a gala invitar a los forasteros. Y por supuesto ésta es una ciudad plenamente europea. Lo es en el sentido más actual del término, y desde comienzos del siglo XX, por lo menos.

Ocurre que Zaragoza posee una hermosura fea o una fealdad hermosa o, si se prefiere, una perturbadora mezcla de lo feo y de lo hermoso. Según desde donde observas sus lugares te da la impresión de que estás en una vieja mansión señorial amueblada con artefactos de formica y eskay y decorada con cacharros de un todo a cien. Otras perspectivas son más alentadoras, otras más surrealistas todavía. Pero estamos en una característica ciudad española que no fue ajena a los dos caballos del Apocalipsis urbano español: las guerras y la especulación del suelo.

#### UN VISTAZO AL PASADO

Hace dos siglos, Zaragoza sufrió la destrucción que provocaron los dos sitios a que fue sometida por las tropas de Napoleón. Aquí se invento la guerrilla urbana, el patrón bélico reproducido luego en Stalingrado, Beirut o Grozni. Los hay que evalúan tal episodio como una muestra de cerrilidad reaccionaria por parte de los zaragozanos de entonces. No creo que sea así exactamente. Pero tampoco es éste

Zaragoza posee una hermosura fea o una fealdad hermosa o, si se prefiere, una perturbadora mezcla de lo feo y de lo hermoso.



11:00 Desde la terraza de mi casa, Zaragoza se extiende ante la vista. Dominarla desde lo alto produce un singular placer. Cualquiera puede disfrutarlo subiendo por el ascensor que lleva a lo más alto de una de las torres del Pilar.

12:00 Una boda civil en el Ayuntamiento. Es posible casarse allí, en los Juzgados... o en el Pilar, como manda la Santa Madre Iglesia.

12:30 Tienda de los souvenirs más típicos (y tópicos): gen del Pilar, adoquines de la Virgen de Aragón, artilugios baturozanos... Mucha gente reconoce a Zaragoza por esta parafernalia "typical".

el momento de profundizar en los problemas de la España contemporánea y el fracaso del bonapartismo. El caso es que buena parte de Zaragoza quedó en 1809 arruinada por los bombardeos y las minas, pero todavía se mantuvo en pie lo suficiente como para que hoy podamos admirar su pasado mudéjar y judío, su eclosión renacentista, su vigor de siglos.

Hubo una convalecencia urbana a lo largo del tormentoso siglo XIX, un impulso modernizador y, finalmente, en el arranque del siglo XX un empujón maravilloso que tiene su epicentro en la Exposición Hispano-francesa de 1908, primer centenario de los aniquiladores sitios. Entonces llegó, bajo arcos de triunfo y discursos de los próceres, la Europa de la luz y el progreso, de las nuevas máquinas y las nuevas ideas. A su toque de rebato, la capital aragonesa se hizo modernista, expandió sus bulevares, abrió cafés lujosos, cabarets, edificios con elevador para las clases acomodadas, chalets neogóticos para la burguesía e incluso, durante la República, casas baratas racionalistas para la clase trabajadora. Bandas de jazz, automóviles, sindicalistas, organizaciones patronales, banqueros, pistoleros, terroristas, escritores, cineastas... Esa fue la Edad de Plata, convulsa pero fecunda, que acabó abruptamente en 1936, cuando la guerra, otra vez, vino a destruir ya no los edificios -huesos, músculo y piel de la ciudad-, sino las personas que la habitaban -su cerebro-. De semejante trauma vinieron luego otros males, cuando ya no hubo metralla, ni bombas ni fusilamientos al amanecer, sino el reinado de la señora piqueta al amparo de la mediocridad, la época dorada de la construcción rápida y barata, la especulación del suelo, la degradación arquitectónica. Grúas, nuevos ricos, viviendas de ínfima calidad; los andadores centrales de los bulevares, destruidos o usados como aparcamiento; los edificios modernistas, derribados alegremente. Años sesenta, setenta, ochenta?, noventa... Y sigue.

Como consecuencia de todo ello, Zaragoza tiene hoy un Casco Antiguo en eterno proceso de rehabilitación donde convive lo mejor y lo peor de la capital; un Ensanche confortable que es el mejor lugar para vivir; unos barrios tradicionales entrañables y mediterráneos; un extrarradio de nuevas áreas residenciales todavía impersonal y desordenado. La Basílica del Pilar sigue siendo el edificio-icónico; el Auditorio, el equipamiento cultural de mayor lustre y mejor uso; el Teatro Principal, un alarde de auténtica primera clase. Además hay calles; calles de todos los tamaños donde la gente se para a charlar, se sienta en las terrazas de los bares, corre, pasea, festeja, toma ver-



13:30 Plaza Santa Marta, un buen sitio para empezar la ruta del vermut. Terraza, tapeo, conversar y ver pasar a la gente.



14:00 Tienda de periódicos y cacharrería en la zona de la Magdalena. En el Casco Antiguo todavía es posible encontrar establecimientos y personajes singulares.



14:30 Casa Pedro, un bar-restaurante donde se puede empezar picando cosas ricas y acabar comiendo con mesa y mantel. Sus propietarios, Veda y Santiago, posan en el pequeño comedor.



La Seo, mi favorito. Fue templo de los dioses de Roma, iglesia paleocristiana, mezquita y luego catedral. Un lugar mágico, cuyo poder estremece cuando recorres su interior.

mut, va de compras y vive en sociedad. El arquetipo, en fin, de ciudad española.

#### DE MONUMENTOS

Cualquier visitante empieza a conocer Zaragoza por la plaza del Pilar, que es el gran espacio monumental de la ciudad, convertido por obra y arte de la postmodernidad en una micro-versión urbana de los páramos exteriores, una planicie infinita de granito y mármoles. Dominándolo todo, la Basílica que es el edificio en torno al cual gira lo demás.

El enorme templo que alberga la pequeña imagen de la Virgen del Pilar es básicamente un exterior aparatoso que ha determinado durante mucho tiempo eso que ahora llamamos el "sky line" de la capital: las cúpulas y las cuatro torres (se puede subir en ascensor por una de

ellas para contemplar una fabulosa vista aérea de la urbe) reflejadas en el Ebro. El interior no me ha emocionado nunca. Hay media docena de cosas magníficas perdidas en aquel enorme hipermercado del catolicismo popular (o sea, un punto idólatra); entre ellas el retablo del altar mayor, que se puede admirar cuando está iluminado, y dos grandes frescos de Goya ubicados a tal altura que resulta imposible hacerse una idea cabal de su genialidad. Mi preferido es el del Coreto, frente al camarín de la Virgen. Visto de cerca como yo lo he visto durante su última restauración, esa obra realizada por el de Fuendetodos en plena juventud, es el más increíble compendio de la pintura actual, de los impresionistas a las vanguardias. En su conjunto y fragmento a fragmento, aquella explosión pictórica deja sin aliento.

A la misma plaza se abre el otro gran edificio religioso de Zaragoza: La Seo, mi favorito. Fue templo de los dioses de Roma, iglesia paleocristiana, mezquita y luego catedral. Un lugar mágico, cuyo poder estremece cuando recorres su interior. Lo bueno de La Seo actual es que la reciente restauración ha puesto de manifiesto su fabulosa suntuosidad artística; lo malo que la Iglesia católica, celosa propietaria del inmueble, ha creado un sistema de visitas sujeto a estrictos horarios y previo pago de entrada, lo cual sería lo de menos (todo cuesta dinero en estos tiempos) si no fuese porque, desprovistas la mayor parte del tiempo de su actividad cotidiana y normal, las naves góticas pierden algo de su espíritu. Cuando las recorro hoy añoro aquellos tiempos en los que por allí deambulaban beatas y curiosos, infantiles y





curas ensotados, confesores y ateos embarcados de emoción litúrgica. Entonces todavía era posible escuchar al mediodía al organista de la catedral ensayar un réquiem que te dejaba al borde del éxtasis.

Está la Lonja, una hermosa cuña civil entre las iglesias, están los símbolos del poder civil (el Ayuntamiento, la Delegación del Gobierno y los juzgados); están las tiendas de souvenirs, las cafeterías, el Pasaje de El Ciclón, las calles de Don Jaime y Don Alfonso, los bares y los restaurantes, la zona de vermut en el Barrio Húmedo, luego las plazas de Santa Marta, de Santa Cruz, de San Pedro Nolasco.

Pero de bares y comilonas hablaremos luego. Antes deberíamos ir al otro emplazamiento de interés histórico-artístico que bastante gente desconoce, pero que a mí me interesa mucho. No hablo, aunque cabría hacerlo, de La Aljafería, que es una maravillosa sorpresa (ese palacio musulmán junto al Ebro, testimonio de la Sarakusta de los guerreros, los filósofos y los poetas) ni de la Magdalena y otras joyas mudéjares, sino del museo de Zaragoza, en la plaza de Los Sitios.

Que museos hay bastantes y de interés, mas éste es o debería ser, el museo-museo, el libro de la historia de la ciudad y su entorno. En las mañanas de los días laborables por sus salas deambulan los colegiales apacentados, con mejor o peor fortuna, por sus profes. Por las tardes, las dependencias donde las vitrinas exhiben piedras talladas, bronce y platas, cerámicas de sigilata, monedas antiguas y bustos de los césares están semivacías y es posible recorrerlas en silencio, pararse a descansar para luego subir hasta donde la pintura transita desde la Edad Media hasta Goya (¡otra vez Goya, claro!) para llegar a su cúlmen: los retratos de la familia real española integrada por Carlos IV, su esposa María Luisa de Parma y el hijo de ambos, Fernando VII. No sólo es que los personajes pintados por el genial sordo posean una corporeidad casi televisiva, es que sus caras reflejan sus almas y allí está el marido bobalicón y consiente, la vieja reina casquivana pintada de coloretos y la mirada torva del que luego fuera llamado El Deseado el rey felón y malvado por el que, sin embargo, los zaragozanos murieron peleando contra la Grand Armée napoleónica.

Llegados a este punto, deberíamos preguntarnos cómo es posible que no exista un museo dedicado específicamente a Goya. Pues sin duda porque quienes deberían acordarlo, crearlo y ponerlo en marcha no quieren o no pueden o pasan de todo. En mi ciudad ocurren cosas tan raras como ésta... y más.

## LAS GENTES Y LOS LUGARES

Zaragoza tiene buen rollo, muchos bares, una tradición cinéfila que se dejó por el camino la singularidad de sus salas de proyección (salvo el Elíseo, lujoso superviviente), un comercio interesante, buenos ciclos de música clásica, ocasionales instantes de intensidad cultural, noches agitadas, locales donde el house suena al amanecer, un gran parque en el que relajarse... tres ríos y un canal, atrocemente descuidados ciertamente.

Lo que no hay, lo advierto de antemano, es un restaurante de primerísimo nivel, que rompa en lo gastronómico y exhiba una buena relación calidad-precio. Tenemos sitios donde se come bien, sin duda, pero si alguien quiere ver relucir alguna estrellita de la guía Michelin debe echarse a la carretera y viajar hasta Huesca.

Quedémonos, sin embargo, en Zaragoza. ¿Quieren un restaurante de alto nivel y marco incomparable? “La Mar”, en el único palacete de la plaza de Aragón que ha sobrevivido a la piqueta. ¿Para organizar un gran banquete? “El Cachirulo”, en la autovía a Logroño. ¿Una cena íntima como prólogo a una noche interesante? “La Carambola”, en Baltasar Gracián. ¿Un lugar céntrico, moderno y de precios asequibles? “El Espejo”, en la calle Santiago. ¿Un asador absolutamente popular en el que meterle el diente a unas chuletas de cordero a la brasa? “La Fragua”, en el barrio de Las Fuentes... Y varios cientos más: vascos, japoneses, aragoneses más o menos verídicos, nueva cocina, cocina tradicional, tapeo. Lo que quieran.

Lo de tapear es capítulo aparte. Como buena ciudad ribereña, Zaragoza tiene que-rencia al vermut del mediodía y los vinos de la tarde. Como urbe que añora el lejano mar, por aquí hay extraordinaria afición al marisco, lo que puede poner un picoteo a la altura (en la cuenta también) de cualquier comida con mesa y mantel. Para estos menesteres a pie de barra a mí me gusta bastante la zona aledaña al Coso Bajo, calle Antonio Agustín adelante para rematar en “Casa Pedro”, en la calle Cadena, un bar-restaurant cuyo pequeño comedor en la primera planta permite pasar de las tapas a cosas de mayor calibre.

Mejor todavía que los crustáceos y moluscos de “Casa Luis” o del “Saputo”, que los vinagrillos de Vinos Rubio, el jamón de “La Jamonería” o las anchoas en la terraza de “La Nicolasa” es la oportunidad de tropezarse con los zaragozanos en éstos u otros lugares. La gente es fácilmente abordable, entra en conversación sin mayores protocolos, tiene buen humor, se abre al visitante -como ya he dicho- y posee una gran capacidad integradora. No es difícil ligar, a



poco que se sea hábil y se actúe con normalidad. Hasta dónde llegue luego la cosa, depende de muchos factores, porque ya no estamos en los felices ochenta, cuando todos/as no echábamos al ruedo con extraordinario desparpajo. Pero en los fines de semana (y particularmente en las Fiestas del Pilar y otros acontecimientos recreativos) la marcha cunde mucho. O sea que cada cual se puede buscar la vida.

#### NOCHES INTERMINABLES

Siempre fue Zaragoza una ciudad noctámbula y musical. Sólo que hace un par de décadas la noche era el territorio de las minorías y ahora ha sido desbordada por las multitudes. Discobares y garitos de toda condi-



Retratos de Goya a la familia real española, una maravilla que nadie debería perderse y que merece la pena contemplar despacio.

Zaragoza tiene buen rollo, muchos bares, una tradición cinéfila que se dejó por el camino la singularidad de sus salas de proyección, un comercio interesante, buenos ciclos de música clásica, noches agitadas, un gran parque en el que relajarse...

ción se acumulan en varias zonas para desesperación del vecindario. No me busquen por estos enclaves del mogollón: no me encontrarán. Los veteranos de la marcha aspiramos hoy a cosas sencillas y relativamente tranquilas: conciertos de rock, en el Pabellón Príncipe Felipe; copas en bares al margen de las zonas, sean el Ecos o La Ley Seca, el Azul, la Luna, la Crepa; en esporádicos arrebatos de locura, una sesión after en el Oasis, reconvertido de cabaret en local para el traspase absoluto.

Salen de noche los adolescentes, los jóvenes, los que ya estamos de vuelta, las señoras marías, los señores manolos, las tías imponentes, los tipos supermaqueados, las familias que permanecen unidas aguantando el verano en las terrazas de los cafés... No niego que este tráfago que, como ocurre en España entera, cada vez se inicia más tarde y cada vez concluye más avanzada la mañana del día siguiente; esta búsqueda de lo imprevisible y lo maravilloso, digo, suele resultar hoy algo espesa, un punto hortera y por supuesto ruidosa. Con los desaparecidos cafés y locales de los años veinte, con las clausuradas salas de fiestas de los cincuenta y sesenta, con los bares "de culto" de los ochenta que ya dejaron de existir se han ido fragmentos irrecuperables de esa manera de estar en la vida que habitualmente denominamos estilo. Pero, como suele suceder en Zaragoza, el pasado ya no ha de volver. El espíritu de las épocas que dejamos atrás es irrecuperable. Y algo sí que tengo seguro, la inmensa mayoría de aquellos que vienen la capital aragonesa por unos días o unas semanas se van encantados del día y de la noche en Cesa-raugusta, Sarakusta, Zaragoza, la inmortal, vieja y nueva a la vez. Ya les dije: mi ciudad.



15:00 Parrilla en La Fragua. Sin ningún remilgo, este asador popular sirve carnes a la brasa a precios insólitos (por lo baratos).



16:30 Para relajarse, el Parque Grande. La terraza del Rincón de Goya es un lugar perfecto en el que tomar un café y hacer tertulia.



18:00 Museo de Zaragoza. Un paseo en silencio por la historia y el arte producidos durante más de mil años por la ciudad y su entorno.



23:30 La Ley Seca, en la calle Sevilla, uno de los buenos viejos bares fuera de "zona", donde es posible encontrarse con los amigos a tomar copas o jugar al billar escuchando blues-rock.